

II.—*ESKILLARRI, lugar de Eskubara donde mataron un oso.*

Esta pequeña historia verídica, referente al último oso que se mató en Vizcaya, la hemos oído repetidas veces a nuestro antiguo profesor, don Evaristo de Bustintza (Kirikiño), cuando hacia 1924 éramos discípulos de él (G b.).

ESKILLARRI, bien merece la pena de perpetuársele, como lugar histórico de la Peña de Eskubara, pues en él mató un oso un vecino de Mañaria.

Previamente daremos a conocer donde está: Situándonos en Mañaria y dando vistas a Urkiola, tenemos a nuestra derecha la peña de Eskubara, que en todo el itinerario de la subida al célebre Santuario, no dejamos de contemplarla a placer. En su parte occidental se ve a la derecha, y a la terminación de una campa muy pendiente, un circo pedregoso en forma de anfiteatro dentro de la peña, formándose un enorme saliente, un cabezo, un «buru», como le denominaríamos en el léxico topónimo del idioma del país, inclinado algo hacia la derecha; por debajo de este cabezo hay un paso, un sendero colgado sobre el precipicio, para pasar a la parte zaguera de la peña, sendero o paso llamado Irakun. Eskillarri está encima de ese cabezo, y a la izquierda; es una campita estrecha y alargada desde la parte anterior a la posterior de la peña. Desde el valle no se advierte esa campita, que está en la parte superior.

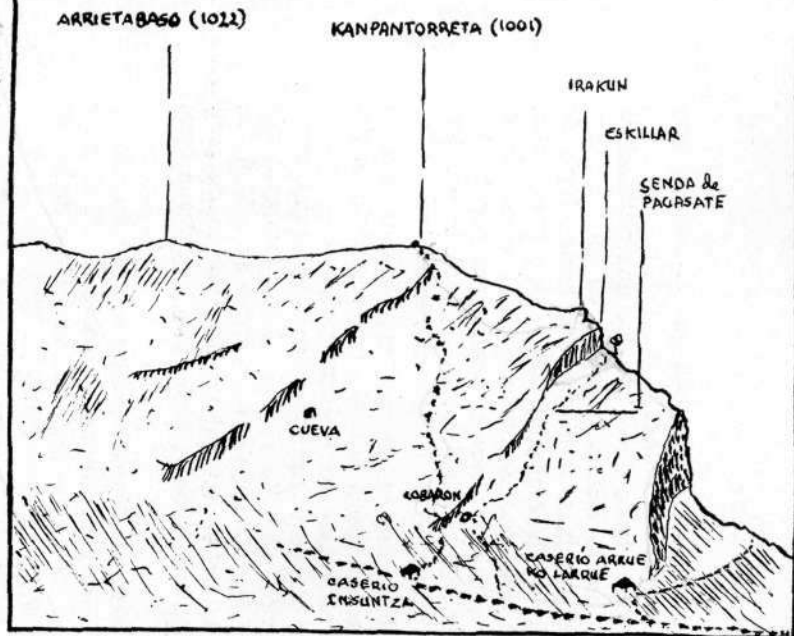
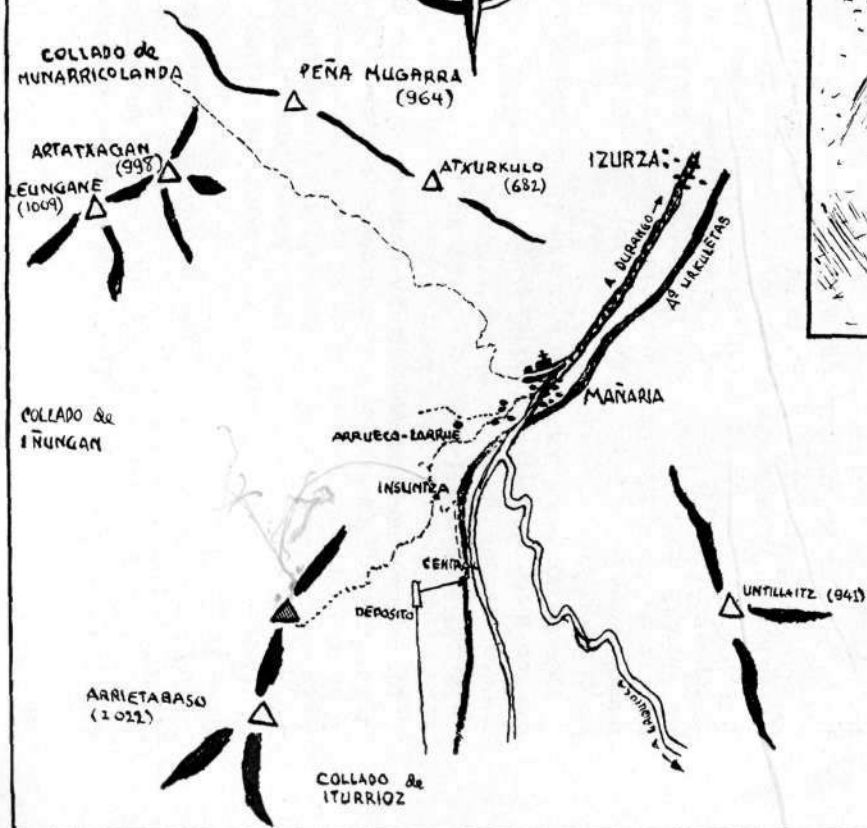
Se puede ascender a Eskillarri por la parte delantera de la peña, subiendo por Pagasate, y luego por un senderito poco perceptible que por la izquierda del cabezo va hasta la misma campita. Es un fuerte repecho que requiere buen entrenamiento y sanos pulmones y corazón, ideal para la gente joven montañera. Más largo y cómodo es subir por Arrueta al depósito de agua de la fuerza eléctrica, en el alto de Astagan; desde allí ascender hasta la base del cantil o tajo de la peña y continuar por el sendero que siempre continúa hacia arriba, junto a los enormes acantilados o tajos que tiene Eskubara en su parte occidental, sendero denominado Atxondoeta. Al concluir los acantilados la senda se vuelve casi llana, en el lugar llamado Arridu, que con relación a Mañaria está ya situado en la parte posterior de la peña. En cuanto se llega a Arridu se contempla a la izquierda una «artxilika» o escombrera natural, muy pendiente pero corta. Se atraviesa el sendero que hay en ella y a continuación llegamos a Eskillarri, lugar donde un hombre valiente mató al último oso de Vizcaya.

III.—*La historia del último oso de Vizcaya.*

Ahora nos toca narrar, siempre basándonos en Kirikiño, la historia verídica de la caza.

«Es un suceso muy extraño, nos dice, la aparición y permanencia de aquel oso en los montes de Mañaria y Dima, principalmente en el macizo de Eskubara. Si alguna vez han vivido en esos montes los osos debe de hacer ya mucho tiempo, pues nadie los recuerda, y los habitantes no han visto más osos que los flacos de los húngaros, y éstos alguna vez en toda su vida».

Nosotros creemos que efectivamente, sin poder precisar época, el oso habitaría los montes de nuestra tierra y como sucede siempre, al superpo-



KANPANTORRETA (1001)

M.A. Oabrera
1964

blarse, ha ido desapareciendo por la caza encarnizada que el hombre presenta a todo animal y en todas partes del mundo.

Una de las primeras personas que vieron aquel oso fue una muchachita de Arrueta, al ir por agua a la fuente Malau, que está en una estrecha hendidura al pie de unos ribazos o munas. Había nevado hasta el pie de Eskubara, circundando a los caseríos de Mañaria; tiempo frío y revuelto, propicio de un duro invierno. Al acercarse la muchacha salió el oso de la hendidura, y pausadamente marchó hacia arriba y desapareció por las heredades de Etxebarri. Ella no conoció qué animal era; quedó breves instantes mirándole, tomó el agua y regresó a su casa con inquietud.

Allí contó que en Malau había visto un animal muy grande, que al principio le pareció un burro, pero después advirtió que era distinto. Salieron armados a buscarlo, pero no consiguieron encontrarlo.

Poco tiempo después vieron al oso, en distintas ocasiones y parajes, entre ellos Pedro de Zubero, del caserío Indabeiti, el cuál desde Inungana vio un día pasar, al oscurecer, por el alto de Eskubara en dirección a Mañaria, y a distancia relativamente corta de él, un animal desconocido de gran bulto; los pelos se le pusieron de punta, y bajó corriendo a su cercana casa, con el temor consiguiente.

Se observaba que el oso se retiraba siempre prudentemente cuando se encontraba con personas, y por eso, y porque no se notaban daños entre los rebaños, los hombres tampoco le perseguían, y convivieron todos en buena paz durante año y medio o dos años.

Pero en la primavera y verano de 1871 comenzó el oso a atacar al ganado; y tuvo la desgracia de matar a dos ovejas del «etxe-jaun» de Azkondo, y éste resolvió matar al oso cuanto antes. Juan Cruz de Bizkarra, el «etxe-jaun de Azkondo», era un enemigo terrible y astuto de toda clase de alimañas silvestres. Con sus trampas, lazos y cepos exterminó un gran número de «basakat» (gato montés), azkonarra (tejón), katamielga (garduña), katakuxe (marta) y azeri (zorro). De este último cogió una vez en una sola noche ¡cinco!

Este etxeke jaun, cashero de Azkondo, era el enemigo que se granjeó el oso con matar aquellas dos ovejas suyas.

IV. *La muerte del oso.*

Lo primero que hizo Azkondo fue dedicarse a vigilar al oso, guiándose de sus huellas (oñatzak), y atisbando desde los altos con su vista perspicaz y su oído finísimo. Toda su atención, toda su alma, la puso en esa tarea peligrosa, consagrándose a ella día y noche. Y consiguió averiguar que el oso tenía su cubil (tokia) en lo alto y parte posterior de Eskubara; que de noche bajaba hacia Mañaria, y al amanecer se retiraba prudentemente, pasando por Eskillarri.

Dio conocimiento de ello a unos compañeros, pastores como él, o dueños de ganado lanar, y la noche del 20 de agosto de 1871, con una luna llena, subieron a Eskillarri Juan Cruz de Bizkarra, de Azkondo; Julián de Aguirre, de Urkuletabarrenekoa; Timoteo de Echanobe, de Urkuletagoikoa; José

de Solaguren, de Ibarra; un vecino de Mañaria y otro de Indusi (Dima), cuyos nombres no han sabido perdurar. Subieron de madrugada, cuando suponían al oso de excursión por la parte delantera de la peña y lo hicieron seguramente por Arridu, conteniendo hasta la respiración.

Se escondieron allí sobre unas rocas que dominan la campa, ocultándose, lo mejor que podían, y detrás de unos brezos (iñarrak), Juan Cruz de Bizkarra y Julián de Aguirre; los demás de dos en dos, se colocaron en diversos puntos, bien armados todos. Antes habían puesto una cabra vieja atada en el camino que suponían había de traer el oso para poder conocer cuando venía éste.

Así sucedió. A eso de las cuatro de la mañana oyeron los rugidos del oso y los gemidos de la víctima y se prepararon. Al poco rato apareció en la campa el animal, y en vez de continuar el camino hacia su cubil se detuvo, levantó el hocico olfateando el ambiente, miró fijamente al sitio en que se escondían los cazadores y comenzó a avanzar cautelosamente, al modo del gato que quiere acercarse a un pájaro. En vista de esto, dijo al oído a Azkondo su compañero.

—Hay que tirarle, que viene.

Y Azkondo le indicó por señas que estuviese quieto; apoyó la escopeta sobre la roca y apuntó bien a la cabeza, pero le dejaba acercarse para asegurar el tiro. Cuando le tuvo a pocos metros de distancia disparó, y el oso cayó fulminante, sin ningún movimiento. Los compañeros de Azkondo, pléticos de alegría, se levantaron con la intención de ir a donde yacía el oso; pero aquél, tan valeroso como prudente, les ordenó que no se moviesen y que tuviesen las armas preparadas por si no estaba muerto, sino solamente herido. Le tiraron piedras, le dieron voces y en vista de que no hacía el menor movimiento se acercaron a él, y comprobaron que estaba bien muerto. La bala le había entrado por junto al ojo derecho y le había salido por detrás del brazo izquierdo, atravesándole el cráneo, cuello y pecho.

Lo bajaron rodando hasta la primera estrada, y luego en la carreta del que era entonces alcalde, Vicente de Arzubia, de Zearra, fue llevado primero a Azkondo y después al Ayuntamiento para que lo viese todo el pueblo. A continuación fue enviado a Bilbao, a la Diputación.

Se dice en Mañaria que el animal pesó ocho arrobas y ocho libras (aproximadamente 96 kilos); que su carne se vendió en Bilbao a dos reales la libra, mucho más cara que la carne de buey en aquella época, y que la piel disecada fue destinada a la clase de Historia Natural del Instituto Vizcaíno (1).

(1) Efectivamente, según me informa don Mario Grande, director del Instituto Vizcaíno, la piel existe aun en el mismo, aunque completamente estropeada, debido a los años y a los traslados sufridos. Me muestra una Memoria de este Centro de enseñanza, la cual hace mención del donativo que le ha hecho la Diputación de Vizcaya, de la piel de un oso pardo, cazado en las montañas de Mañaria.

El Ayuntamiento de Mañaria dio a Azkondo una onza de oro (dieciséis duros, ochenta pesetas de aquellos tiempos) como premio y un diploma que dice así:

«El Ayuntamiento de la Anteiglesia de Mañaria a D. Juan Cruz Vizcarra (Azkondo) para perpetua memoria y como prueba de agradecimiento por el oso que mató en la peña de Esquillarri a las cuatro de la mañana del día 20 de Agosto de 1871».

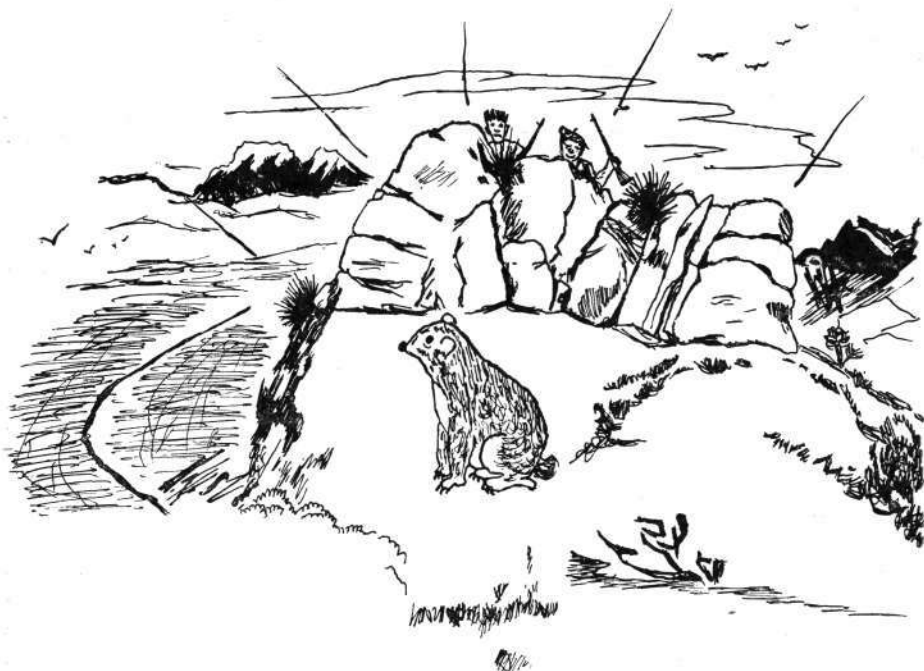
De la Diputación le enviaron como premio once monedas de oro de a ochenta reales.

Fue invitado a presentarse en Bilbao repetidas veces, más nunca quiso. Era hombre muy sagaz, y temía que le mareasen a preguntas del arma que había usado para dar al oso tan formidable tiro, inverosímil con escopeta de caza, y como en aquella época había mucho fusil oculto en las cuevas para el próximo levantamiento carlista...

* * *

De los que tomaron parte en aquella expedición nocturna contra el oso sólo vive uno, José de Solaguren, el de Ibarra, que habita hace muchos años en Izurza, en el caserío Uresandi, si no estamos equivocados.

Todos los datos y detalles que hemos expuesto los sabemos de dos fuentes: nuestro difunto padre que oyó muchas ese relato de labios del mismo Juan Cruz y el hijo de éste, Doroteo Bizkarra, hoy «etxe-jaun» de Azkondo.



PYRENAICA

Hasta aquí guardamos el recuerdo y los apuntes que tomamos en nuestra clase con el difunto Kirikiño (g. b.), ameno narrador como se puede comprobar en sus famosos libros «Abarrak», que no nos cansamos nunca de leer.

* * *

Ahora solamente falta, como me indica una culta persona, que el Ayuntamiento de Mañaria, en colaboración con otras entidades culturales y recreativas de la Provincia y del País Vasco (Diputación, Grupos Montañeros, etcétera, que bien puede ser esta revista PYRENAICA), colocasen una lápida o recuerdo en euskera y castellano en el sitio exacto donde se consiguió matar al último oso del Señorío de Vizcaya.

* * *

Después de escrito lo anterior, habiéndolo dado a conocer este trabajo que antecede, a una señorita de Zestona, me dice que a su difunto padre (g. b.), le tiene mucho oído que, antiguamente (en el siglo pasado), en las peñas de Utxin que coronan la referida villa guipuzcoana, andaban osos. La escabrosidad del terreno de estas peñas, que conozco por haber andado en ellas recientemente, me recuerdan en un todo a nuestro Itxiu de Gorcea: nombre toponímico similar, con la simple metátesis de I por U, y lo difícil y escabroso de su suelo geológico, idéntico, aunque en miniatura, al salvaje macizo calcáreo de Orozko, donde la actualidad de muchos espeleólogos, nos asombran con sus maravillosos hallazgos, que premian la labor extraordinaria de estos montañeros del veterano Club Deportivo. Los guipuzcoanos tienen la palabra, mejor dicho la pluma, para darnos a conocer las andanzas de estos mamíferos carniceros plantigrados.

UNA NOCHE EN LA MONTAÑA

POR MARCOS FELIU DORD

Octubre, un sábado por la tarde me embarco junto con Raúl Lesmes, rumbo al Pirineo Roncalés. Remontando el valle muere el día, una a una se encienden las estrellas y en el firmamento alumbra con su irreal claridad la luna llena, fiel compañera de esta excursión. En Isaba deparamos con conocidos. Cenando en la fonda de La Lola, el dueño de ésta nos invita amablemente a subir con el camión hasta el puente de Oncibieta. Nos despedimos de ellos y emprendemos tranquilo paseo, ya que con el inesperado viaje resulta que tenemos ahora demasiado tiempo.

Si bellos son los amaneceres en nuestro querido valle de Belagoa, no lo es menos caminar a la luz de la luna entre el misterio y la quietud de la noche. Dos modernos e ilusionados Quijotes de mochila (podéis leer chiflados, no nos importa), quieren asistir a la gestación del nuevo día entre las cumbres pirenaicas. Todo el mundo duerme y quizás en nuestros párpados se acuse el sueño. ¡Pero no importa! A través de la noche infinita, tomamos el conocido camino de Juan Pito. El astro de la noche nos ilumina con una intensidad mayor de la esperada y avanza lentamente con su cortejo de brillantes gemas. También lentamente dejamos el valle para introducirnos en la inmensa y enigmática montaña.

Juan Pito y la oscura mole de la Kartxela, paisaje tan familiar, ofrece un raro encanto de novedad a estas horas nocturnas. Y la misteriosa noche en el Pirineo no resulta silenciosa pese a la quietud del tiempo; sino que está poblada de mil pequeños ruidos. El susurro de la brisa que acaricia la dormida montaña, contestado por canción del arroyo siempre en vela. El quejido del césped bajo nuestras blamas. Los rumores y esquilas del ganado asombrosamente propagados desde el fondo de los valles. Es una rara conjunción de ambiente bucólico-pastoril con nostalgia de aquellarre.

Luego las obras de la carretera, el puerto, el collado de Arracogoiti. Varias paradas pero de corto rato para no ser vencidos traidoramente por el sueño que tentador, nos ofrece sus turgentes brazos. El collado de Bimbalet nos descubre las magníficas formas del Baracea y un proceloso mar de nubes que arremete contra las laderas norte, buscando ansioso un paso para invadir España. Aquí la dura pendiente nos hace olvidar el sueño para recordarnos que toda montaña tiene su defensa, mayor o menor, contra el ataque del montañero. Llegamos a la cima de la Kartxela desalojando a un